

«**L**A comunidad catalana de Washington y sus alrededores está de luto. Está de luto por la muerte de su mentor y padre espiritual, el padre Paulino Bellet Renyé». Estas son las primeras palabras del boletín editado por los miembros de la Asociación de catalanes de Washington, bajo los auspicios de algunos profesores de la Universidad Católica de aquella capital americana, donde nuestro compatriota fallecido ha ocupado la cátedra de Coptología y Lenguas Semíticas durante veinticinco años.

Gracias al citado boletín, nos hemos enterado no solamente de las actividades universitarias del padre Bellet, sino de otros trabajos suyos en la *New Catholic Quarterly*, *Journal of the American Research Center in Egypt*, *Nag Hammandi Studies*, *Studia Patristica*, *Textes und Untersuchungen*, etc. Evidentemente, el luto por la muerte del padre Bellet también nos afecta, de una manera especial, a nosotros los universitarios, y sobre todo a causa de las circunstancias humanas de la vida del que, al quedar al descubierto en el momento de su fallecimiento, ha dejado consternados a sus más íntimos amigos y fieles devotos, que quisieron acompañarlo hasta sus últimos momentos.

Demasiado partidista e injustamente incompleta ha sido la escueta memoria que le ha sido dedicada por un semanario de nuestro país, tan condicionado por la política y excesivamente llevado a la mitificación de los oportunistas. Si necesaria es la exposición de los datos meritorios de nuestros muertos, sería cometer un hurto hacia nuestra sociedad ocultar los dramas personales que los han acompañado toda su vida como la propia sombra. Y la realidad es que el padre Bellet ha llevado una pesada cruz con santa resignación hasta su muerte, siendo aquí donde radica su más gran mérito y donde toma fundamento la ejemplaridad de su vida de cristiano y de religioso.

Hacia los años cincuenta, él y su primo el padre Severo Renyer fueron a visitar al superior de la Congregación de religiosos de Roma de paso por Barcelona, a fin de ponerlo al corriente de los abusos del abad Escarré en Montserrat. El padre Larraona (el futuro cardenal), que conocía bien lo que sucedía, les pidió que redactasen un escrito con el cual él pudiera iniciar un expediente que ya parecía inevitable. Pero los dos visitantes, conscientes del

OTRO MONJE ILUSTRE QUE MUERE LEJOS DE SU TIERRA

Jorge Xifra Heras

Director de la Escuela de relaciones públicas en la Universidad de Barcelona y Girona



peligro, no se atrevieron a afrontar la aventura. De nada les valió una tan sumisa resignación. El primero de ellos, el padre Severo Renyé, que ya había sido enviado, arbitrariamente, a ejercer su ministerio en la diócesis de Lleida, murió poco después en plena juventud, llorado por todos. El padre Bellet, en cambio, fue desterrado el 1953 al monasterio belga de Afflighem, el mismo sitio donde ya había sido enviado mi tío, el padre Narciso (Marcelo) Xifra, y el mismo lugar donde fue a refugiarse durante un tiempo mi padre, huyendo de los graves peligros que le valieron sus reconocidas actividades en los Servicios secretos de información durante la guerra de España. Mi tío, en su libro «L'abat Escarré, història i mite», calificado de «beau et grand travail» por el

prestigioso historiador dom Jean Leclercq, monje de Clarvaux (Luxemburgo), ha incluido el nombre de sus dos antiguos compañeros de carrera monástica en la lista que da de los cincuenta o más monjes que fueron exiliados por el abad Escarré (Distribuciones Prólogo C/ Mascaró 35 Barcelona). En el boletín de los catalanes de Washington esta cifra de desterrados sube hasta setenta.

Siete años más tarde, el 1961, con la deposición del abad Escarré y bajo la regencia del nuevo abad coadjunto, el padre Gabriel Brasó, el padre Bellet volvió a Montserrat. El abad Escarré, ya depuesto, seguía residiendo allí y muy pronto se repitieron las maniobras de siempre. Y fue entonces, en 1962, que, aprovechando la oportunidad que se le presen-

tó, el padre Bellet aceptó ser trasladado a Washington, donde ejerció de profesor hasta el día de su muerte.

Si el padre Severo Renyé, en el momento de su muerte, pedía emocionado —pero inútilmente— la presencia consoladora de un compañero monje, el padre Bellet recibió la visita, no de un monje sacerdote, que era lo único que podía desear en aquel momento supremo, sino la de un monje lego que «muy pronto pudo verse» —y esto lo leemos en el repetido boletín de Washington— que aquel mensajero no había sido enviado con intenciones demasiado nobles... porque se apropió impunemente de todos los cheques y certificados de valor; muchos documentos desaparecieron, libros enteros experimentaron

una extraña manía censuradora, etc.». Era la historia que se repetía.

Cuesta imaginar y admitir unos hechos tan reiterativos de ostracismos y persecuciones personales, como también esta no menos «extraña manía censuradora destinada a impedir que aparezca la verdad». El cardenal N. Jubany, preguntado de improviso durante una emisión radiofónica pocos días antes de Navidad del año 1986 sobre la deposición y salida de Montserrat del abad Escarré, respondió ponderadamente, diciendo que últimamente ha quedado históricamente probado que no hubo ninguna intervención de la Santa Sede ni del gobierno del Estado o de Franco, dando por pura fantasía cualquier otra versión de algún supuesto destierro político. A parte de esto, los documentos salvados de la «quemada» y los escritos de monjes cuadrados en archivos particulares y otros destinados a archivos públicos, aquí están para quien desee saber la verdad sin recurrir a calumniosas propagandas organizadas por clérigos y monjes que, habiendo abandonado el sacerdocio, uno diría que pretenden justificar sus desvarios.

Sabemos bien que la Iglesia ha abierto sinceramente —sobre todo después del Concilio— puertas y ventanas a la transparencia histórica y no tiene ningún miedo a perder la limpieza de su rostro a pesar de las debilidades humanas de sus servidores. Al contrario, es a través de estas debilidades —y lo testifica san Pablo— que resulta más evidente la intervención de la mano directa de Dios en su Iglesia. Si los responsables preocupados para que no reluzca la verdad viviesen más la fe, superarían su nerviosismo y harían honor al consejo evangélico, que dice: *veritas liberabit vos* «la verdad y no la maniobra os asegurará la sonrisa de la libertad».

Dejaríamos de mencionar un punto capital si no hiciéramos constar los perseverantes esfuerzos que el padre Paulino Bellet ha hecho en Washington a favor de la cultura y lengua catalanas. Su huella ha sido tan eficaz que nuestros compatriotas amigos suyos han decidido promover una fundación que llevará su nombre y crear una cátedra de catalán en la Universidad Católica de aquella capital americana. Nos parece que una perspectiva tan halagüeña bien merece la atención y el apoyo de nuestras autoridades encargadas y responsables de hacer país aquí y más allá de los mares.

DEsde su elección por el Parlament para ocupar la presidencia de la Generalitat, en abril de 1980, Jordi Pujol ha introducido la costumbre de dirigirse a la ciudadanía de Catalunya por televisión y radio en dos ocasiones durante el año.

Una ante la conmemoración anual de la fiesta nacional catalana del Onze de Setembre. La otra se produce pocas horas antes de acabar el año, momento en que de nuevo aparece en la pequeña pantalla y su voz puede escucharse también a través de las ondas radiofónicas para hacer unas reflexiones sobre los acontecimientos que se han sucedido durante el año que pronto ha de acabar. La cita de 1987 se ha producido en las últimas horas del 30 de diciembre.

Para el President Pujol el año que acaba de pasar su última hoja en el calendario ha sido positivo para Catalunya. Utilizando un ejemplo gráfico que le gusta decir cuando la ocasión se presenta, una vez efectuada la suma

SALDO POSITIVO

E.A. Moliné

de los factores considerados como buenos y restados de esta adición los considerados como malos, el balance que se produce es positivo. Aplicada esta supesta operación aritmética a 1987, lo positivo ha sido más que lo negativo. Y esto es lo que en definitiva cuenta que el saldo no esté en números rojos.

Los parámetros en los que el President se basa para afirmar que 1987 ha sido un año bueno para Catalunya son en buena parte los económicos. En este aspecto cabe señalar algunos hechos clave que surgen como indicadores positivos en la evolución favorable del país. Este proceso está determinado por el desarrollo serio y estable de una evolución que supera en su crecimiento no solamente la media del conjunto español, sino tam-

bién la europea, y como ejemplos de este signo señalar el incremento en el consumo energético y en la creación de nuevas empresas. Un balance positivo, que tiene también su fundamento en la consolidación de las instituciones catalanas de autogobierno y en el rechazo por parte de la sociedad catalana del enfrentamiento sistemático y la polémica estéril.

No olvidó el President decir que, a pesar de estos avances positivos, no cabe dormirse en los laureles, sino que se requiere que este esfuerzo tenga continuidad en el año que empezaba su andadura pocas horas después de su mensaje. Un año 1988 para el cual deseó fuera mejor que el precedente con el fin de que pudiera serlo para más gente. No olvidó tampoco hacer mención

de los puntos negros de nuestra sociedad, como son los focos de marginación marcados por el paro o la drogadicción, las bolsas de pobreza, las comarcas catalanas que se hallan en crisis, los servicios aún infradotados. Argumentos todos ellos más que suficientes que indican lo mucho que todavía queda por hacer y que permiten al mismo tiempo que no quepa atisbo alguno para quedar instalados en la autosatisfacción.

La apelación del President a toda la ciudadanía fue inequívoca cuando se refirió a que no se debe esperar todo de la administración y que los gobiernos lo den todo hecho. El progreso para Pujol pasa necesariamente por las iniciativas y las ganas de hacer cosas que surgen de la propia sociedad, de su tejido social.

También pasa por el trabajo tenaz y constante, por el espíritu de iniciativa y la imaginación creadora, unas armas que siempre nos han dado buenos resultados a los catalanes para hacer frente a las adversidades a lo largo de nuestra historia. Por ello apeló al empuje y la participación de todos en la evolución futura de Catalunya.

Y recuerdo para al mismo tiempo firme rechazo también del President ante el fin de año para las víctimas del terrorismo durante 1987 en el País Vasco, en Barcelona, en Zaragoza, que golpeó en personas, civiles o militares, mayores o pequeños, de aquí o de fuera de aquí sin discriminación.

1988 ha comenzado a arrancar hojas en el almanaque. Cuando concluya, cabe esperar que el balance también alcance más hechos positivos que negativos. Será una señal evidente de que todos habremos ganado algo más si el saldo al final es positivo.